

Teoría ficcionada de la bolsa de transporte

Ursula K. Le Guin

Ursula K. Le Guin: *The Carrier Bag Theory of Fiction*, 1986. Fuente original en inglés: <https://theanarchistlibrary.org/library/ursula-k-le-guin-the-carrier-bag-theory-of-fiction> | Traducción: Kamen Nedev, con la colaboración de José Pérez de Lama

En las regiones tropicales y templadas, donde aparentemente los homínidos evolucionaron en seres humanos, la alimentación era a base de verduras. Del 65% al 80% de lo que se comía en esas regiones durante el Paleolítico, Neolítico, y tiempos prehistóricos, era recolectado; solamente en el Ártico la carne era el alimento básico.

Los cazadores de mamuts ocupan de manera espectacular las paredes de las cuevas y las de las mentes, pero lo que realmente hacíamos para mantenernos con vida y gordos era recolectar semillas, raíces, coles, brotes, hojas, frutos secos, bayas, frutas y granos, y también gusanos y moluscos y pájaros atrapados, peces, ratas, conejos, y otros seres de pequeños colmillos para obtener más proteínas. Y ni siquiera trabajamos duro en ello, mucho menos duro que las y los esclavos en tierras ajenas tras la invención de la agricultura, mucho menos duro que las y los trabajadores a sueldo tras la invención de la civilización. Durante la prehistoria, una persona media podía vivir bien trabajando quince horas semanales.

Quince horas semanales para subsistir deja mucho tiempo para hacer otras cosas. Tanto, que quizás la gente que no tuviese cerca un bebé que animase sus vidas, o una destreza cocinando o cantando, o cosas muy interesantes en las que pensar, decidieron alejarse a cazar mamuts. Los hábiles cazadores volvían asombrados con carne, mucho marfil y una historia. La carne no era lo importante. Lo importante era la historia.

Es difícil conseguir una emocionante narración de cómo arrebaté un fruto salvaje de su caparazón, y luego otro, y otro, y otro, y otro, y otro, y cómo luego me rasqué las picaduras de mosquito, y mi amigo Ool dijo algo gracioso, y luego nos fuimos al río y nos tomamos algo y entonces me encontré otra espiga de avena....esta historia no puede competir con cómo lancé mi lanza fuerte dentro del titánico lomo peludo mientras Oob empalaba un gigantesco ser con colmillos, que gritaba y se retorció, y la sangre salpicaba por doquier creando torrentes carmesíes, y Boob aplastado cual gelatina cuando el mamut cayó sobre él mientras yo lanzaba una certera flecha atravesándole el ojo hasta llegar a su cerebro.

Esta historia no sólo tiene acción, tiene un héroe. Los héroes son poderosos. Rápidamente, los hombres y las mujeres de las salvajes regiones recolectoras, y sus hijos e hijas, y las maestrías de las y los artesanos, y los pensamientos de las y los pensadores, y las canciones de las y los poetas, habían formado parte de esta historia, habían sido convertidos al servicio de la historia del héroe. Pero no era su historia. Seguía siendo del héroe.

Cuando escribía el libro que luego se llamaría *Tres Guineas*, Virginia Woolf escribió una frase en su libreta, "Glosario"; pensó en reinventarse el inglés para contar una historia diferente. Uno de los términos del glosario es heroísmo, que lo define como "botulismo". Y héroe, en el diccionario de

Woolf, es botella. El héroe como botella, una rigurosa reevaluación. Propongo desde este texto, que pensemos ahora la botella como héroe.

No la botella de Ginebra o vino, sino la botella como contenedor en general, algo que contiene otra cosa.

Si no tienes algo en lo que poner la comida, ésta se te escapa — incluso algo tan sencillo como un cereal. Intentas llenar tu estómago lo máximo posible mientras tienes la comida a mano, siendo tu tripa el primer contenedor; pero piensa en la mañana siguiente cuando al despertarte con frío y lluvia sólo tienes unos pocos frutos para mascar y dárselos a la pequeño Oom y que deje de llorar, ¿cómo llevar a casa algo más que el estómago lleno y un puñado de cereales? Te levantas y vas al maldito y pantanoso y lluvioso campo de cereales. Estaría bien tener algo en lo que poder llevar a bebé Oo Oo y así poder coger cereales con las dos manos. Una hoja una calabaza una concha una red una bolsa un cabestrillo un saco una botella un tarro un contenedor. Un soporte. Un recipiente.

El primer dispositivo cultural fue probablemente un recipiente... Muchos teóricos sienten que las primeras invenciones culturales debieron ser contenedores para poder llevar cosas, algún tipo de cabestrillo o malla portadora.

Así lo cuenta Elisabeth Fisher en *Women's Creation* (McGraw-Hill, 1975). Pero esto es imposible. ¿Dónde hemos dejado ese increíble, grande, largo, duro hueso, con el que, en una película, el Hombre Mono golpeó por primera vez a alguien, y luego, gruñendo extasiado por haber conseguido asesinar, era arrojado al cielo, y dando vueltas se convertía en una nave espacial rompiendo su paso hacia el cosmos para fertilizarlo y producir al final de la película un hermoso feto, un chico evidentemente, que salía a la deriva en la Vía Láctea sin (por extraño que parezca) útero ni matriz? No sé. Ni si quiera me importa. No estoy contando esa historia. Ya la hemos oído, ya nos han contado sobre los palos y lanzas y espadas, objetos con los que pinchar y golpear, cosas duras y largas, pero no nos han hablado de los objetos para meter cosas, los contenedores para contener cosas. Esto es una historia nueva.

Pero es, a la vez, algo viejo—si lo pensamos bien, mucho antes— del arma, una tardía, lujosa y superflua herramienta; mucho antes, del útil cuchillo y el hacha; paralelos en tiempo a los indispensables molinillos y cavadores— de qué sirve extraer patatas si no tienes nada para almacenarlas y llevar a casa las que no consigas comer— antes o con la creación de la herramienta que saca energía de la tierra, creamos la herramienta que lleva esa energía a casa. Tiene sentido. Soy partidaria de lo que Fisher llama la *Teoría ficcionada de la bolsa recolectora*.

Esta teoría no sólo explica grandes áreas teóricas que estaban ocultas y reniega de otras tantas teorías absurdas (habitadas mayoritariamente por tigres, zorros, y otros mamíferos tremendamente territoriales); también me sitúa, personalmente, en la cultura humana de una manera nueva. Mientras la cultura me ha sido contada como originaria y elaborada desde el uso de duros y largos objetos para empalar, pegar y matar, nunca he sentido o he querido tomar parte en ella. La sociedad, la civilización de la que hablaban, estos teóricos, era evidentemente la suya; eran los dueños, les gustaba; eran humanos, totalmente humanos, golpeando, pegando, matando. Deseando ser humana también, busqué evidencias para serlo; pero si implicaba fabricar un arma y matar con ella, entonces era totalmente defectuosa como ser humano, o ni si quiera lo era.

Claro, me decían. Es que eres una mujer. Posiblemente no humana, evidentemente defectuosa. Mejor entonces deja de hablar y así podemos seguir con la Historia del Ascenso del Hombre Héroe.

Vale, pienso, caminando hacia los campos salvajes, con Oo Oo sujeto con una tela y el pequeño Oom llevando una cesta. Seguid contando cómo el mamut se calló sobre Boob y cómo Caín se calló sobre Abel y de cómo la bomba cayó sobre Nagasaki y cómo la gelatina ardiente caía sobre los aldeanos y cómo los misiles caerán sobre el Imperio del Mal, y todos los pasos para la llegar a la Ascenso del Hombre.

Si es algo humano llevar algo que te gusta, porque es útil, comestible, o bello, en una bolsa o en una cesta, o enrollado en una hoja, o trenzado en tu pelo, o como sea, y llevártelo a casa contigo, siendo también tu casa otro tipo de bolso, un contenedor de personas, y luego lo sacas y te lo comes o lo compartes o lo almacenas para el invierno en un contenedor sólido o lo metes en el cajón de medicamentos o en la capilla o en el museo, el lugar sagrado, el lugar que contiene lo sagrado, probablemente al día siguiente hagas lo mismo —si hacer eso es humano, si eso es lo que conlleva, entonces soy humana después de todo. Enteramente, libremente, y con gusto por primera vez.

No, digámoslo de una vez por todas, un ser humano incompetente y poco agresivo. Soy una mujer mayor, y enfadada, situándome poderosamente con mi bolso, luchando contra matones. Sin embargo, no me considero por ello heroica, como no lo haría nadie. Simplemente es una de esas cosas que tienes que hacer para poder seguir recolectando frutos salvajes y contando historias.

Es la historia lo que marca la diferencia. Es la historia la que me ha ocultado mi humanidad, la historia que los cazadores de mamut contaron sobre pegar, violar y matar, sobre el Héroe. La increíble, envenenada historia del Botulismo. La historia del asesino.

A veces pareciera que esa historia está llegando a su fin. Para que no dejemos de contar historias, algunas de nosotras, las que nos quedamos en los campos salvajes de recolección, entre el maíz ajeno, creemos que sería mejor empezar a contar otras, para que quizás la gente pueda usarlas cuando las antiguas se desgasten. Quizás. El problema es que todas nos hemos dejado ser parte de la historia del asesino, y por tanto puede que acabe también con nosotras. Por consiguiente, siento cierta urgencia en buscar la naturaleza, el sujeto, las palabras para crear la otra historia, la historia no contada, la historia de la vida.

Nos es poco familiar, no nos viene dada, no la conoce nuestra boca como conoce la historia de la muerte; aun así, “desconocida” no es. La gente ha estado contando la historia de la vida durante años, de miles de maneras. Mitos de creación y transformación, historias embaucadoras, historias familiares, chistes, novelas...

La novela es fundamentalmente un tipo de historia antiheroica. Claro que el Héroe ha conseguido hacerla suya con frecuencia, siendo ésta su naturaleza colonizadora e impulso irrefrenable, tomando todo a su alcance y corriendo mientras crea duras leyes y decretos que controlen su incontrolable impulso de matar. Entonces el Héroe ha decretado a través de sus portavoces de la Legislación, primero, que la narración debe tener forma de flecha o lanza, empezando por aquí y yendo directamente allí donde Pum! acierta en su destino (que cae muerto); segundo, que la

problemática central de la narración, incluyendo la de la novela, es el conflicto; y tercero, que la historia no es buena si él no está dentro.

Estoy en desacuerdo con todo. Iría tan lejos como hasta decir que la natural, apropiada, adecuada forma de la novela debiera ser la de un saco, una bolsa. Un libro contiene palabras. Las palabras contienen cosas. Tienen significados. Una novela es el envoltorio de una medicina, que porta cosas en una particular y poderosa relación entre sí y para nosotras.

Una de las relaciones posibles entre los elementos de la novela puede que sea el conflicto, pero reducir la narración al conflicto es absurdo. Conflicto, competición, estrés, esfuerzo, etc., dentro de la narrativa concebida como porteadora bolsa/barriga/caja/casa/paquete de medicamentos, pueden parecer elementos necesarios de un todo que no puede ser caracterizado ni como conflicto ni como armonía, ya que su propósito no es la resolución ni el éxtasis sino un continuo proceso. Por fin está claro que el Héroe no queda bien en esta bolsa. Necesita un escenario, un pedestal, un pináculo. Lo metes en una bolsa y parece un conejo, una patata.

Por eso me gustan las novelas: en vez de héroes hay personas. Entonces, cuando empecé a escribir novelas de ciencia ficción, arrastraba conmigo este pesado saco de cosas, mi bolsa porteadora llena de débiles, pequeñísimos granos de cosas más pequeñas que semillas de mostaza, intrincados tejidos que al deshacerse contienen una piedra azul, un preciso cronómetro que dice la hora de otro mundo, y un cráneo de ratón; lleno de comienzos sin final, de inicios, de pérdidas, de transformaciones y translaciones, y muchos más trucos que conflictos, muchos menos triunfos que trampas e ilusiones; lleno de naves espaciales que se quedan varadas, misiones que fallan, y gente que no entiende. Dije que era difícil crear una historia fascinante de cómo recolectamos los frutos salvajes de sus cáscaras, no que fuera imposible. ¿Quién dijo que escribir una novela era fácil?

Si la ciencia ficción es la mitología de la tecnología moderna, entonces su mito es trágico. La "tecnología" o la "ciencia moderna" es una misión heroica, Hercúlea, Prometea, concebida como un triunfo, por tanto a la larga una tragedia. La ficción que encarna ese mito será y ha sido triunfal (el Hombre conquista la tierra, el espacio, los alienígenas, la muerte, el futuro, etc.) y trágica (apocalipsis, holocausto...)

Sin embargo, si rechazamos el modo lineal, progresivo, Flecha-de-(matar) el-tiempo del Tecno-Heroicismo, y redefinimos tecnología y ciencia como porteadores culturales en vez de armas de dominación, un buen efecto secundario es que la ciencia ficción puede parecer un campo mucho menos rígido, para nada Prometeano o apocalíptico, incluso podría pasar a ser un género realista en vez de mitológico. Un realismo extraño, pero la realidad es extraña.

La ciencia ficción bien entendida, como ficción seria, no obstante, graciosa, es una manera de intentar describir lo que en realidad está pasando, lo que la gente siente y hace, como se relaciona la gente con las cosas que hay en este enorme saco, esta panza que es el universo, este vientre de cosas por ser y tumba de cosas que fueron, esta historia interminable. En ello, como en cualquier ficción, hay suficiente espacio para dejar al Hombre donde corresponde, en su lugar dentro del esquema de cosas; hay suficiente tiempo para recolectar muchos frutos salvajes y para sembrarlos, y para cantarle al pequeño Oom, para escuchar los chistes del pequeño Ool, para observar las comadreja, y aun así la historia no se acaba. Aún quedan semillas que recolectar y espacio en la bolsa.